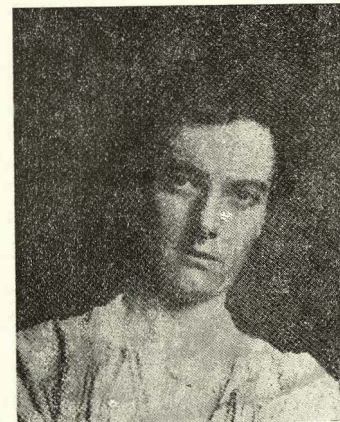


LA ESTATUA DE FRAY CRISTOBAL

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario acaba de realizar un acto de justicia y de reconocimiento filial en honor de su egregio Fundador, el Arzobispo D. Fray Cristóbal de Torres. Por iniciativa del actual Rector, que en actividad, tino y virtud es un digno sucesor del Sr. Torres, los hijos todos del Colegio, sin distinción de edades, condiciones ni ideas políticas, han acudido á ofrecer su contingente para la erección del monumento destinado á perpetuar la gratitud que profesan las nuevas generaciones al que continúa siendo el gran padre y director de los espíritus que se educan á la sombra de estos claustros coloniales. La obra se ha llevado á cabo con una rapidez y felicidad raras en este país, donde toda empresa de empeño encalla y languidece en medio de las dificultades, y hoy se alza en el centro del claustro mayor del Colegio la estatua en bronce de Fray Cristóbal, sirviendo allí, en el corazón del Instituto, como de genio benéfico, protector de la juventud.

Desde tiempos atrás poseía el Colegio un recuerdo artístico del Fundador, su retrato, obra del pintor sevillano Baltasar de Figueroa, venido á estas tierras y maestro del gran Gregorio Vásquez Ceballos. El lienzo de Figueroa tiene valor inapreciable, por ser de los poquísimos retratos que pintó. También en la galería del Colegio existe el de D. Francisco Caldas Barbosa, uno de los primeros quince Colegiales y de los primeros Rectores, que es obra de Vásquez. Este ilustre bogotano nos dejó, en sus cuadros mejores, pruebas suficientes para poder afirmar que, si en vez de formarse en este oscuro rincón colonial, se hubiera educado en España, figuraría como estrella luminosa en el coro de los grandes maestros del arte místico-realista, gloria insigne del pueblo español.



D. DIONISIO RENART Y GARCIA

Escultor barcelonés.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

El nuevo homenaje ha sido concebido y ejecutado en la Península, por un paisano del Sr. Torres. No es el profesor Renart un maestro famoso todavía: la estatua de Fray Cristóbal es quizá su primera obra de importancia. Pero este bronce es revelador de grandes facultades artísticas en quien lo concibió, y encierra promesas de gloria futura. No sólo el Colegio del Rosario sino la capital misma han recibido embellecimiento con la obra del escultor catalán.

Bogotá es una ciudad escasa de estatuas; pero tiene la fortuna de poseer uno de los más perfectos ejemplares de la escultura clásica moderna: la estatua de Bolívar, obra maestra de Teneranni. Entre las muchas estatuas modernas que hemos visto en parques y plazas de Europa y América, no recordamos ninguna que supere en perfección y pureza de líneas, en majestad y grandeza, en fuerza característica á esta de Teneranni, quien en un momento de inspiración feliz adivinó el alma inmensa de su modelo y la encarnó en el bronce, con el poder de concentración que es propio del genio. Esta estatua, por la esbeltez de sus formas y la grandiosa sencillez de la figura, nos recuerda, guardando las justas proporciones, algunas obras maestras del Renacimiento, como la célebre de Bartolommeo Colleoni, del Verrocchio, que es una de las más preciadas joyas de Venecia. Esta pertenece á la aurora del Renacimiento; la otra es una de las últimas manifestaciones de la escultura clásica, que hoy anda bastante decaída, aun en Italia, donde tantas obras pesadas y mediocres afean más bien que adornan las plazas y jardines. Estatuas como la de Cavour en Milán y la de Leopardi en Recanati, no llevarán hasta una posteridad muy remota los nombres de sus autores.

Las otras cuatro estatuas con que cuenta Bogotá están muy por debajo de la de Bolívar, pero no carecen de mérito artístico; y sería injusto no reconocer que la del General Mosquera tiene un aire de marcial elegancia que sintetiza, idealizándolas, las mejores cualidades del personaje; y que el Colón de Sighinolfi, ofrece un conjunto de notable prestancia y majestad. La obra de Renart puede en-

trar en competencia con cualquiera de ellas; y probablemente las vence, aunque su ejecución presentaba mayores dificultades. Es más fácil caracterizar á un caudillo que á un religioso, más fácil hacer brillar la inspiración del genio en el rostro de un vidente que en el de un asceta. La cabeza del Arzobispo, tal como la ha modelado Renart, es un trabajo notabilísimo de caracterización; un modelo de labor acabada y fina. Al contemplar esa frente magnífica; ese perfil de aristocrática distinción, en que se revela la pureza de la raza; esa mirada serena, pero penetrante y vivaz, se comprende perfectamente que de esa urna de elección brotase un pensamiento inmortal; y que la obra predilecta de ese hombre naciera organizada para durar siglos y para resistir impávida los cambios de gobiernos, de instituciones y de ideas; la hostilidad del medio ambiente y hasta la infusión en su organismo, por no breve espacio de tiempo, de miasmas deletéreos. Este es el más envidiable triunfo de un artista: darnos la revelación, en forma sensible, de un grande espíritu. Claro está que el que logró acertar en punto tan difícil, no debió encontrar mayor trabajo para dar al cuerpo una actitud majestuosa, y envolverlo en los elegantes y flexibles pliegues del hábito religioso; para imprimir á la diestra un ademán de protección paternal y colocar entre los largos y nerviosos dedos de la mano izquierda el venerable libro de las Constituciones, hecho con tal delicadeza, que parece conservar en el duro metal la tersa elasticidad del viejo pergamino.

Digno coronamiento de la obra de restauración y ensanche del Colegio del Rosario, llevada á cabo bajo el fecundo rectorado del Dr. Carrasquilla, es la inauguración de la estatua del Fundador; acto que nos parece lleno de prósperos augurios para el Instituto: porque nada enaltece más á los hombres que la práctica de la justicia, y porque el reconocimiento que tributamos á nuestros mayores es prenda de amor y respeto ante la posteridad.